

El pensamiento médico del doctor José Celestino Mutis

(La Escuela de Medicina del Colegio Mayor
de Nuestra Señora del Rosario en 1802)

Escribe: MAX OLAYA RESTREPO

PALABRAS PRELIMINARES

Como llave para abrir la puerta de este ensayo, he escogido unas palabras del genial maestro de la sutil ironía francesa, Anatole France:

“Resulta muy difícil escribir Historia. Nunca se averigua con certeza de qué modo tuvieron lugar los sucesos, y las incertidumbres del historiador aumentan con la abundancia de documentos. Cuando un hecho es conocido por una referencia única, lo admitimos sin vacilación, pero al ofrecerse varios testimonios del mismo suceso, empiezan las perplejidades, pues no halla manera de armonizar las contradicciones evidentes. Para escribir Historia, se recurre a la vana imaginación”.

Relata en seguida el consejo que le diera un sabio paleógrafo a quien consultara sobre esa dificultad.

“¿Por qué —le contestó el erudito—, se preocupa de buscar documentos para componer su Historia y no copia la más conocida como es costumbre? Si ofrece Ud. un punto nuevo, una idea original si presenta hombres y sucesos a una luz desconocida, sorprenderá Ud. al lector y al lector no le agradan las sorpresas. Busca solo en la Historia, las tonterías que ya conoce. Si trata Ud. de instruirle solo conseguirá humillarle y desagradarle; si contradice Ud. sus engaños, dirá que insulta Ud. sus creencias; los historiadores se copian los unos a los otros, con lo cual se ahorran molestias y evitan que los motejen por soberbios. Imítelos Ud. y no sea original. Un historiador original inspira siempre la desconfianza, el desprecio y el hastío de los lectores”.

Anatole France, Obras.

ORIGENES DE LA MEDICINA COLOMBIANA

Nuestra medicina, nace para la historia cuando se sucede el ocaso del imperio colonial español de las Indias Occidentales.

Es pues, un producto de la desintegración del sólido imperio hispánico y por ello es contradictoria. Pero tiene las líneas y los caracteres distintivos de lo español y habrá que encuadrarla dentro del siglo XVIII, el siglo en el que se derrumban al embate de poderosas fuerzas coaligadas, las sabias instituciones hispánicas.

Debemos pues primeramente trazar un bosquejo general de ese siglo, mejor conocido en la historia como el siglo de la ilustración. Ilustración que no debe seguirse llamando despotismo ilustrado, porque tuvo muy poco de lo primero y en cambio mucho de lo segundo. Y porque el despotismo, que era el ejercicio autoritario del gobierno monárquico, tenía para su apoyo, su explicación y su defensa, abundantes y muy valederas razones de filosofía política, de teología y de moral.

El siglo XVIII, bautizado por Michelet como el gran siglo, ha provocado las más enconadas controversias históricas.

Don Ramón Menéndez Pidal se expresa así de esa época histórica (1):

“Parece como si en el siglo XVIII se produjese en nuestra Historia la primera escisión de las dos Españas. Sin duda es uno de los desgarrones más fuertes y notorios, pues para encontrar otro tan profundo y ruidoso, tendríamos acaso que ascender hasta el siglo XI”.

Para don Gregorio Marañón el siglo XVIII, fue el siglo de la tolerancia y de la libertad, y entre los grandes proyectos del insigne polígrafo español que no se concretaron, sino que corren diluïdos en la extensión de su obra, estaba el de un estudio monográfico de este siglo. En conferencia pronunciada en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas dice el maestro, refiriéndose al siglo XVIII (2):

“El siglo XVIII, que fue ansia de saber, deseo de justicia, amor al prójimo y glorificación de la libertad”.

Don Salvador de Madariaga (3) traza un magnífico cuadro al fresco del siglo XVIII con el cual cierra su grande y meritoria obra: *Auge y ocaso del imperio español en América*, estudio que hace parte de un opus gigantesco que se inicia en don Cristóbal Colón y termina en don Simón Bolívar.

El contrapunto de estas opiniones optimistas sobre el siglo XVIII lo dan dos grandes filósofos. Don José Ortega y Gasset dice que en España se escamoteó el siglo XVIII y Ernesto Renán (4) afirma:

“Es cierto que fue el siglo de la libertad de pensamiento, pero había tan poco qué pensar”.

Dice Cayetano Alcázar Molina (5) en el tomo de la *Historia de América y de los pueblos americanos*, consagrado a los virreinos españoles en el siglo XVIII, lo siguiente que se transcribe textualmente:

“Todo el siglo es en síntesis ese himno progresista que los Virreyes, los Arzobispos y Eclesiásticos, los Capitanes Generales, los Gobernadores, los Corregidores e Intendentes, cada uno dentro de su jurisdicción, matizan con la personalidad de su carácter y el ritmo de su actividad, la inquietud reformadora de los directores de la política española. América es el fiel reflejo de España y comparte sus inquietudes y sus reformas, sus alegrías y sus dolores.....
.....
Quien quiera conocer exactamente las vicisitudes políticas de ese tiempo, necesitará acudir siempre a la Historia general de España, para situar adecuadamente sus problemas y comprender su relación con la Historia Universal”.

El insigne hispanista francés Jean Sarrailh (6) escribió una de las más extraordinarias, profundas y autorizadas obras históricas sobre el tema del siglo XVIII español. *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII* es el título de un voluminoso tomo de 774 páginas, donde se analizan con minucioso primor, estricta fidelidad a las fuentes históricas e imparcialidad enaltecedora, todos los aspectos de la vida española de esta época. Concluye así en la página 711 su análisis del siglo XVIII, con palabras que he querido transcribir textualmente, porque son una afortunada síntesis del tema:

“Así el Siglo XVIII tiene derecho a un sitio de honor en la Historia de la España liberal. Fue este siglo el que lanzó las grandes ideas de libertad, de justicia social y de fraternidad, esas ideas que entonces congregaban místicamente a todos los hombres de buena voluntad, y que despertaron ecos en todo el país. Entre los gigantes del XVI y los del XX, hijos de la generación del 98, el siglo de Jovellanos es uno de esos períodos de fervor y de superación en que, sacudiendo yugos seculares, España se esfuerza por salir de su morosa soledad y por seguir el ritmo del mundo. Este siglo intentó la maravillosa empresa de dar a los españoles el pan y la libertad y de formarlos en una “Convivencia” sin la cual no hay para ellos paz y felicidad. Llegará el día —nosotros lo esperamos firmemente— en que su lección sea escuchada, en que la libertad de juicio no sea ya un crimen, y en que reine la tolerancia, enseñando en tierras de España, como decía el buen rey Enrique, que nada ofrece mejor testimonio de que estamos hechos a semejanza de Dios que la clemencia y la benignidad”.

LA MEDICINA EUROPEA EN EL SIGLO XVIII

Por todas estas citas, respaldadas en sí mismas por la eminente calidad de sus autores, se echa de ver que el siglo XVIII, gran marco histórico en el que nace y vive el sabio fundador de nuestra medicina y por ende nace nuestra medicina misma, es una de aquellas épocas de radical

y renovadora influencia en la vida espiritual y colectiva de la madre patria y de sus vastas colonias hemisféricas. Por ello mismo la medicina que en ese siglo se crea y se enseña en España y en Hispano-América es también revolucionaria. Si bien sigue inspirada en Hipócrates, contradice en cambio y desautoriza en mucho a Galeno, al cual reemplaza paulatinamente y con no poca resistencia por Vesalio. Se introducen por primera vez ideas y conceptos de fisiología con Haller y Spallanzani y se opera un notorio avance en patología, en patografía, en cirugía y en higiene. Se crea por vez primera en la historia médica de la humanidad el concepto de enfermedad profesional o enfermedad de los artífices. Nace la oculística científica. La higiene se ensancha y se inicia su lenta y maravillosa conversión en medicina preventiva con Jenner, pero es tal vez la rama científica que conserva los más puros lineamientos hipocráticos.

Permanece en cambio atrasada, mágica, demoníaca y llena de la más profunda ignorancia, la terapéutica en el siglo XVIII.

Veamos con alguna mayor precisión específica los puntos culminantes de la medicina del siglo XVIII, para lo cual seguimos de entre los historiadores médicos europeos, al maestro español Pedro Laín Entralgo (7) en su *Tratado de historia de la medicina* y en su densa obra *La historia clínica* (8).

Otras fuentes históricas son la obra *Los grandes médicos de Sigerits* (9) y el monumental *Tratado de historia de la medicina* del maestro italiano Arturo Castiglioni (10).

Todos estos sabios conductores de la historia están de acuerdo en glorificar los prodigiosos avances que la medicina hizo en el siglo XVIII, y en considerar que las figuras directivas de esos progresos alcanzaron por sí mismas el justo título de héroes del progreso médico.

La medicina del siglo XVIII para Laín Entralgo, corresponde a dos grandes épocas históricas: la primera mitad, la denomina *Medicina del barroco* y la segunda mitad que se prolonga un poco más allá del valladar cronológico del siglo XIX, es la llamada *Medicina de la ilustración*.

En la *Medicina del barroco* se destacan las grandes figuras de Tomás de Sydenhan, Hermann Boerhaave, Hoffmann, Anton de Haen, Georg Ernst Stahl. Hacen conjunto histórico con Valsalva y Morgagni, creadores de la anatomía moderna y de la anatomía patológica. Con Alberto von Haller el más ilustre y universal fisiólogo europeo de la época y con el eruditísimo Lázaro Spallanzani, que son sin disputa los dos creadores de la fisiología.

La patología y la patografía de la época barroca se caracterizan por el esfuerzo que hacen sus grandes figuras en los tratados que escribieron, de conciliar la metafísica y la teología con los hallazgos que iba entregando la experimentación, la disección de los cadáveres y la tenaz observación de la naturaleza. Es decir había dos orientaciones que se disputaban el campo de la ciencia: la teórica, filosófica de los antecesores del barroco entre los cuales la más grande figura es la de Paracelso, y la de los investigadores de la naturaleza que presentaban los hechos y los hallazgos

de su diario esfuerzo. El barroco entonces trata ingenuamente de sintetizar las dos corrientes en una nueva y tercera medicina que es la medicina sistemática. Boerhaave por ejemplo, hondamente influido por Descartes, no puede abandonar la formación metafísica y teológica pero acepta y recibe también la enseñanza que se desprende de la rigurosa observación de los enfermos y luego de la disección del cadáver.

Otro de los grandes sistemáticos de la primera mitad del siglo XVIII que nos toca casi tan de cerca como Boerhaave es Ernesto Jorge Stahl el médico de cámara de Federico II, catedrático de la Universidad de Halle. Químico y médico, Stahl es más conocido en la historia de la medicina por una de las teorías que ideó como químico y no como médico, que fue la del flogisto.

Stahl fue el último de los grandes paracelsianos de la historia de la medicina, título honorífico que le corresponde por haber sido el creador sistemático de la medicina vitalista o animista. Stahl es, en palabras de Gottlieb, (11) el influyente fundador teórico de una biología vitalista y el más caracterizado defensor del pensar psicológico en la medicina del siglo XVIII.

Para nuestro ensayo de la historia de la medicina colombiana, nos interesan particularmente Boerhaave y Stahl, como los dos grandes teóricos cuya huella se encuentra en la naciente medicina colombiana. Debe tenerse en cuenta según lo anota Laín Entralgo, que la medicina española del 700, construida según los modelos europeos citados, recibe dos enérgicas y decisivas influencias, que llegarán a modificar fundamentalmente su orientación y su destino y que aparecen muy visibles en la vida médica del doctor Mutis.

Son ellas la medicina del curanderismo popular, demonológica, que ha influido tan honda y decisivamente en toda la historia de la medicina universal y para el caso particular de España y de Hispano-América el poderoso influjo de las plantas medicinales tropicales, capítulo fundamental del cual nos ocuparemos más adelante.

Queremos terminar este rapidísimo esbozo de la medicina del siglo XVIII, recordando que es también el siglo de Ricardo Bright y es la época en la cual al decir de dos historiadores franceses contemporáneos (12), se avanza tanto en tocología, que "el parto adquiere una exactitud geométrica" en las manos de los parteros de París y de Montpellier.

LA MEDICINA ESPAÑOLA DEL SIGLO XVIII

¿Qué tipo y estilo de medicina se impartía en las universidades españolas en el siglo XVIII, antes de que ellas fueran abiertas de grado o por fuerza al influjo de la ilustración europea?

Para las facultades de medicina de Cádiz y Sevilla, es el mismo Mutis quien se encarga de decírnoslo en términos acres, inexactos e injustos con su misma patria, cuando en representación dirigida al rey describe las

cátedras de víspera, de prima de medicina y una muy particular que él denomina *Vispemétodo*. Esta representación viene copiada de los papeles mutisianos en la magnífica obra de don Diego Mendoza Pérez, *La expedición botánica y Memorias inéditas de don Francisco José de Caldas*. Madrid. 1909.

La medicina española del siglo XVIII es el tema central, el obsesivo *leit motiv* que sirve al insigne y glorioso padre Benito Jerónimo Feijóo para escribir muchas de sus 164 cartas eruditas y todo el *Discurso V de su teatro crítico universal*.

Feijóo es la figura más prestante de la medicina española del 700, pero no influyó directamente en Mutis, porque Feijóo nunca fue catedrático de medicina. Su obra, como es bien sabido de historiadores y de eruditos, fue escrita desde su celda cenobial del monasterio de benedictinos de Oviedo.

Es el insigne polígrafo español don Gregorio Marañón (13), quien nos lleva de la mano en el dilatado y prolijo análisis histórico y médico de la obra del padre Feijóo, y de su profunda influencia en la medicina española y en la Hispano-Americana.

Años hace, en 1952, hicimos una publicación destinada a rendir homenaje a la medicina española, con la cual estamos indisolublemente ligados. Para hacerla escogimos publicar por primera vez en la bibliografía médica colombiana, el *Discurso V* que sobre medicina escribió el padre Feijóo. Esta es una violenta e injusta diatriba, más vehemente que la de Mutis, por cuanto era más colérico el genio de Feijóo, que se hace contra la medicina española del siglo XVIII y en general contra toda la medicina y los médicos. Su injusticia y su violencia suscitaron de inmediato una réplica enderezada a la defensa de la medicina y de los médicos, suscrita por el émulo y parigual de Feijóo, el doctor Martín Martínez, doctor en medicina y médico honorario de la familia de su Majestad; profesor de anatomía, examinador del protomedicato, socio y presidente de la Regia Sociedad de Ciencias de Sevilla, etc. (Madrid 1777). Ambos documentos fueron publicados en la revista "Hospital" de Bucaramanga, Colombia. Vol. II. Año 13. Nº 20. (14).

Las figuras más eminentes de la medicina española del siglo XVIII, fuera del padre Feijóo son: el citado doctor Martín Martínez, a quien sus contemporáneos bautizaron con el honroso apodo de "El Winslow español" El doctor Antonio de Gimbernat, célebre cirujano, anatomista y oftalmólogo, fundador bajo el patrocinio de Fernando VI del Real Colegio de Cirugía de Madrid. Discípulo cercano de la Escuela de Valsalva y de Morgagni, viajero por Europa, le presentó en Londres al celeberrimo John Hunter su *Método para la cura radical de las hernias inguinales* y recibió de Hunter, que era la más ilustre figura de la cirugía europea, merecidos elogios.

Sarrailh dedica largas páginas de su obra a la elogiosa presentación del médico valenciano-catalán don Antonio Piquer, a quien precisamente le correspondió ser examinador para el grado de doctor, de nuestro sabio Mutis. (Gredilla). (15).

En 1757, el doctor Andrés Piquer todavía se vería obligado a polemizar con un clérigo valenciano acerca de la posibilidad *de que los ángeles transportaran hombres por vía aérea de Madrid a Lisboa*, y trataba de trazar con grandes precauciones las fronteras entre la teología y la física. (Tomado de Jean Sarrailh: *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*).

Como puede verse, la medicina española también disfrutó de grandes y prestigiosas figuras que fundaron sus escuelas, alimentaron durante largos años sus cátedras universitarias y dejaron para la posteridad notables tratados de medicina. Ello sin contar a dos españoles eminentísimos que unos pocos años antes del siglo XVIII, habían desbordado las fronteras de su patria para universalizarse por su sabiduría y sus magníficas calidades humanas, fueron ellos: Solano de Luque, el creador del *Tratado de los pulsos*, antecesor histórico de Wunderlich y el gran don Gaspar del Casal, el padre de la *pelagra*, enfermedad de tanto prestigio en la historia de la medicina (16).

Es por ello, por el valor que tuvieron estas eminentes figuras españolas por lo que se hace más patente y dolorosa la contradictoria actitud del sabio Mutis, cuando siguiendo las huellas del padre Feijóo, ataca inmisericordemente la propia medicina que él había recibido en España.

Nosotros no enjuiciaremos si fue buena o fue mala la medicina europeo-española del siglo XVIII, sino que únicamente nos limitaremos a relatar las fuentes biográficas y bibliográficas sobre el tema. Doscientos años después de esa época vale la pena destacar que la gloria y el prestigio han coronado la vida y la tarea de esos fundadores y maestros.

Con estas bases históricas podemos afirmar que nuestra medicina pertenece en su cronología, en su formación filosófica, en su contenido científico, a la época de la segunda mitad del siglo XVIII, que es exactamente la época de la ilustración.

Transcribimos textualmente una cita del maestro Laín Entralgo, en su *Historia de la medicina* (17).

“¿Qué es la Ilustración? Tal fue el título de un famoso ensayo de Kant, publicado en 1784. “La Ilustración —contestaba Kant— es la salida del hombre de su culposa minoridad. Es minoridad la incapacidad de servirse del propio entendimiento sin la tutela de otro. Y es culposa la minoridad, cuando su causa no radica en la carencia de entendimiento sino de resolución y de ánimo para servirse del propio sin la dirección de otro””.

EL BINOMIO CABALLERO Y GONGORA-MUTIS

La persona y la obra de Mutis no quedan completamente historiadas sin un estudio paralelo del arzobispo virrey. Y no pueden estudiarse separada o aisladamente las dos figuras, porque estuvieron durante largos años íntimamente vinculados en la búsqueda y el hallazgo de los mismos fines

religiosos, políticos, científicos y económicos. La cultura humanística del Virrey se aquilataba y se aplicaba ya sobre la sociedad virreinal, a través de las manos del doctor gaditano.

No existe una relación científico-médica entre el arzobispo y el doctor. Mutis conservó su cargo de médico de la cámara virreinal y el de consejero predilecto del Virrey para todos los aspectos de política económica derivados de la Expedición Botánica. Además pudo ejercer con mayor libertad y amplitud y en un mayor ámbito su profesión de médico al servicio del pueblo de Santa Fe.

Según lo atestigua don Guillermo Hernández de Alba (18) en la *Crónica del muy ilustre Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, la cátedra de medicina que había sido autorizada por Real Cédula de Felipe IV, de 1651 corrió alternativa y desfavorable suerte, estando más tiempo suspendida o declarada vacante, por falta de buenos médicos que la regentarán, o en veces por falta de alumnos interesados en escuchar las lecciones científicas hasta 1733, que se le otorgó al señor doctor Francisco Fontes de la Orden de Santiago. Con la llegada de Mutis a Santa Fe de Bogotá se le ofrece la cátedra que él declina, por estar entregado a sus labores de médico virreinal, que le implicaban frecuentes viajes en compañía del Virrey; a las tareas de la cátedra de matemáticas y a su ejercicio médico, del cual sacaba sin embargo tiempo para sus estudios de botánica y otras ciencias naturales.

Una historia veraz debe reivindicar al arzobispo Virrey Caballero y Góngora con el justo título de mecenas de la medicina colombiana. No obstante que durante su doble gobierno político-religioso no pudo funcionar oficial y regularmente la cátedra del Colegio del Rosario, este mecenazgo del Virrey, se ejerció *longa manu* sobre el sabio Mutis, y permitió a este el desarrollo y realización de sus proyectos.

Fue una personalidad grave y compleja la del arzobispo Virrey. En el ensayo de Víctor Frankl (19) publicado en la revista "Bolívar", se analiza con minuciosa profundidad el contexto filosófico de la persona virreinal, para concluir que Caballero y Góngora era una mentalidad barroca actuando en la segunda mitad, es decir en la mitad ilustrada del siglo XVIII. Puede estar ahí la explicación de por qué Mutis, que disfrutaba de la biblioteca virreinal, se dejara influir tanto por la medicina barroca del 700 y la llevara de cuerpo entero, como habremos de verlo, a su famoso *Plan de estudios*.

Los biógrafos de Caballero y Góngora destacan todos la esplendidez de su formación humanística y se ha considerado como prueba de ella el inventario de la biblioteca arzobispal dejada por este, cuando retornó a su España natal para ejercer la diócesis de Córdoba. En esa biblioteca se encontraron con claras huellas de repetidas lecturas, las obras de los grandes filósofos de la ilustración francesa: Montaigne, Montesquieu, Rousseau y Voltaire. Se encontró también la obra científico-natural de Jorge Luis Leclerc, tercer conde de Buffon, el ilustrado naturalista francés del siglo XVIII, cuya influencia en Hispano-América en la filosofía, en la ciencia y en la política ha sido analizada por don Salvador de Madariaga (20) y por el humanista italiano Antonello Gerbi (21).

LA MEDICINA COLONIAL ANTES DEL PLAN DE MUTIS

La medicina colonial en el virreinato de la Nueva Granada, ha sido tema y motivo de la inquietud, de la reflexión y del estudio de connotados historiadores colombianos, la mayoría de ellos desafortunadamente profanos en el arte mismo que historiaron.

Una sucinta enumeración, incluye los nombres de don Pedro María Ibáñez, doctor en medicina del siglo XIX; de don José María Cordovez Moure el cronista por antonomasia de la ciudad de Bogotá; de don Luis Augusto Cuervo y principalmente por los mayores méritos de su obra, del profesor y doctor Andrés Soriano Lleras, actualmente en la madurez de su vida de fecundo escritor histórico.

No nos detendremos con detalle en esa descripción, y apenas si nos interesa el desarrollo histórico de la cátedra de medicina del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, para seguir la cual, hemos adoptado el libro del insigne historiador mutisiano, colegial *honoris causa* y cronista del Colegio, don Guillermo Hernández de Alba (22). En los anexos a este trabajo se transcribirán páginas de su libro, *Crónica del muy ilustre Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en Santa Fe de Bogotá*. Libro segundo.

La medicina colonial antes de Mutis era practicada por personas aficionadas, sin títulos universitarios de ninguna naturaleza. El capítulo final de nuestro ensayo examinará con algún detalle la medicina practicada por el doctor Mutis y quien quiera establecer el contraste histórico y científico entre las dos medicinas, la colonial antes del sabio y la que él ejerció, puede consultar con provecho las mismas fuentes históricas que hemos explorado para este trabajo: las biografías de Mutis, su *Diario*, su *Epistolario* y los estudios históricos citados arriba, de los cuales a nuestro juicio los más valiosos son los de Soriano, Hernández de Alba y Luis Augusto Cuervo.

EL PENSAMIENTO MEDICO EN COLOMBIA

El devenir y el perpetuo fluír del pensamiento médico que cambia o se hace antagónico con solo pasar en el tiempo de un país a otro, de una a otra figura, es el verdadero encanto de la historia de la medicina y así lo han entendido algunos historiadores europeos modernos, entre ellos don Pedro Laín Entralgo. Abandonar la fijación al puro aspecto cronológico, que no obstante tiene la misma importancia en la historia que el esqueleto lo tiene en un ser viviente, y libres ya de la sujeción a los simples períodos de tiempo o de espacio, tratar de ahondar en el espíritu, en las costumbres, en las ideas religiosas, políticas o económicas, en fin, en la filosofía de cada una de las grandes figuras de la medicina.

Atrás hemos fijado el curso seguido por el pensamiento médico en la Europa del siglo XVIII. De ese pensamiento, también lo hemos dicho, nos interesan particularmente las ideas filosóficas de Hermann Boerhaave y de Georg Ernst Stahl.

Entre nosotros, dentro del marco limitado de nuestra propia historia médica, la primera cita sobre la influencia de Stahl en la naciente medicina colombiana, aparece en los escritos del ilustre maestro antioqueño profesor Emilio Robledo Correa (23). Robledo dejó una vasta y variada obra sobre medicina, producto de una sostenida y fresca inquietud juvenil que lo llevó a trasegar por los más variados campos. Escribió la *Geografía médica de Caldas*, siguiendo en su época una corriente del pensamiento europeo, que describía las enfermedades y las ligaba muy estrechamente al ambiente geográfico. Exactamente igual lo hizo el sabio maestro colombiano Luis Cuervo Márquez, quien también escribió una *Geografía médica*.

No obstante la observación de que las enfermedades de una comarca no son descritas hoy con el criterio geográfico, que viene desde muy atrás en la historia de la medicina, la obra de *Geografía médica* de Robledo es una de las pocas auténticas joyas de nuestra literatura médica y del pensamiento médico colombiano en general. Más adelante veremos que Mutis también ensayó escribir un bosquejo de *Geografía médica de la provincia de Antioquia*.

El maestro Robledo en su conferencia sobre la *Expedición Botánica y la medicina en Colombia*, cita a Stahl, pero no profundiza más, la corriente del pensamiento stahliano.

Sabemos que el vitalismo stahliano influyó poderosamente en las escuelas médicas de Montpellier y de París y sobre todo en la gran escuela médica escocesa, particularmente en William Cullen.

El pensamiento médico de Cullen, que era primero que todo una natural y lógica prolongación del gran maestro Tomás de Sydenham, pasa a las manos de Brown y es de este discípulo de Cullen de donde lo toman los primeros médicos colombianos.

Mutis y su escuela médica no son brownistas, y precisamente el apareamiento de las ideas de Brown en la medicina colombiana, traídas según lo vamos a ver inmediatamente por el doctor Ninian Ricardo Cheyne, es el primer rompimiento de la línea barroca e ilustrada que le imprimió Mutis a la medicina colombiana.

La huella de Brown en nuestra medicina está descrita en su inconfundible estilo por el discutido escritor médico, catedrático y hombre de letras, Edmundo Rico. Es Rico otro de los pensadores médicos colombianos que dejaron una heterogénea obra sobre *Pensamiento médico* que habrá que decantar y depurar en un futuro próximo.

La referencia sobre Brown, corre publicada en el discurso académico leído por Rico para recibir al doctor Ricardo Vargas Iriarte, biznieto del doctor Ninian Ricardo Cheyne y dice así:

“Fue el Doctor Cheyne, enemigo acérrimo de las teorías inflamatorias locales de Broussais, por entonces en boga. Ironizaba finamente acerca del aforismo dogmático y desde luego erróneo: sangrar, purgar, clisterizar *ad libitum si longa manu*”.

“Y a fe que el tiempo diole razón. Sus preferencias iban todas hacia las teorías del brownismo, vale decir a las enfermedades por exceso de excitación o esténicas y las producidas por depresión o asténicas”. Hasta aquí la cita del Doctor Rico.

Hermann Boerhaave es citado por algunos comentadores colombianos (Robledo y Soriano) sin entrar en ningún detalle informativo.

Analiza en cambio un poco más a espacio la influencia de Boerhaave en la medicina colombiana, el erudito profesor Luis López de Mesa, a nuestro juicio el primero y más ilustre de nuestros pensadores médicos. Historiador de nuestra medicina, doblado de filósofo el profesor López de Mesa aprovechó casi siempre sus grandes oraciones panegíricas, sus ensayos y sus libros, para incorporar en ellos amplias zonas de pensamiento médico.

Por ejemplo en el discurso en homenaje al maestro y doctor Carlos Esguerra, con ocasión de su primer centenario, López de Mesa hace esta referencia al pensamiento boerhaaviano en la medicina colombiana (25) :

“Para entonces la escuela colombiana de medicina ha experimentado dos revoluciones docentes. La mutisiana que florece en 1802 con el ilustre Miguel de Isla, el sabio Vicente Gil de Tejada y la breve cohorte de sus discípulos José Félix Merizalde, José Fernández Madrid, Benito Osorio que llevaron adelante la escuela con el poderoso auxilio de algunos extranjeros tan hábiles como el inglés Ninian Ricardo Cheyne Pero lo digo con la justiciera salvedad de que a nosotros nos alivió en sumo grado la influencia clínica de el gran Maestro de Maestros, el Jefe de la Escuela de Leida o Leyden, Hermann Boerhaave, cuya revolución hacia el énfasis supremo por los conocimientos clínicos y vigilancia asidua del paciente, se nos constituyeron en calidad idiosincrásica de nuestra Medicina Nacional durante el Siglo XIX y aún hoy, aunque menos intensamente como lo fue de la tradicional francesa, que con Pedro Alejandro Louis, Pedro Bretonneau y Laenec se salvó de las peligrosas imaginaciones del flegmasismo gastrointestinal de Francisco José Víctor Broussais, polemista irreductible y ciego teorizante que sangraba, purgaba y adietaba hasta tísicos, coléricos y palúdicos con el ineluctable agotamiento consiguiente”.

Por esta cita del sabio médico antioqueño, vemos que ya López de Mesa califica de revolucionaria la escuela médica de Mutis, por la incorporación a ella de la medicina de Boerhaave. Quiero declarar que aun cuando la referencia al maestro de Leyden es muy superficial, por lo menos es el primer documento médico colombiano, después de Mutis en donde se le conceden a Boerhaave algunos de los inmensos méritos que lo inmortalizaron en la historia de la medicina. Más adelante volveremos sobre él en el plan de estudios.

Entre los más recientes cultivadores del pensamiento médico en Colombia, figura el médico siquiatra Humberto Rosselli (26), cuya tesis doctoral versó sobre los médicos y la medicina en la independencia. En el

año de 1953 en el ciclo de conferencias sobre historia de la medicina colombiana, organizado por el centro médico UNIDIA, el doctor Rosselli dictó allí una conferencia titulada: La medicina colombiana en la época de la independencia.

De este ensayo sobre pensamiento médico tomamos textualmente:

“Grande impulso y desusada agitación de ideas en las escuelas médicas de la capital, trajo el año de 1823 con la llegada de los dos profesores de Medicina franceses, Pedro Pablo Broc y Bernardo Daste. Se les puede considerar como la primera misión médica francesa llegada a nuestro país, e inauguraron en la enseñanza la influencia de la escuela de París, a la que habitualmente estuvo sujeta nuestra capital. Furiosas polémicas, en las que generalmente llevaba la palabra el doctor Merizalde, acompañaron la iniciación de las clases de los dos profesionales franceses

.....

El Profesor Broc fundó el curso de Anatomía práctica con disecciones sobre cadáveres y el Profesor Daste el de Cirugía. Sus enseñanzas introdujeron en la medicina nacional las teorías de Broussais, de las que se hicieron fervorosos partidarios muchos médicos colombianos”.

Estos cuatro ejemplos colombianos de Robledo, Rico, López de Mesa y Rosselli nos sirven como modelos para saber cómo debe hacerse la nueva historia de la medicina colombiana. Consiste ella en analizar a fondo, y vincular a las escuelas del pensamiento médico mundial, el de los maestros y escritores médicos de Bogotá, Medellín, Cartagena, Cali, Manizales y Popayán, para citar solamente los clásicos centros universitarios.

A guisa de ejemplo, porque está reservado para capítulos posteriores de este ensayo, podemos adelantar la identificación del pensamiento médico del doctor Merizalde. El era opuesto a las escuelas teóricas de Brown y de Broussais y en sus disputas, a las cuales hace referencia el doctor Rosselli, seguía y defendía la línea clásica de la medicina, la sistemática del plan mutisiano que él había aprendido en el claustro rosarista de labios de don Vicente Gil de Tejada.

Piensa uno cómo podrían justificarse médicos brownistas y broussistas, cuando Broussais es juzgado por los historiadores de la medicina, como el “torpe adversario de Laenec”, según palabras de Laín Entralgo, cuyas sangrías al decir de Pierre Mauriac, hicieron más daño que los cañones de la artillería francesa.

Para cerrar este capítulo, que ha sido una ojeada al pensamiento y a los escritores médicos más destacados de Colombia, quiero citar algunos de esos nombres, sin selección ni escogencia previa y respetando solamente el estilo protocolario de rendirle el homenaje de la primacía a los muertos. Son ellos: Jaime Jaramillo Arango, Emilio Robledo Correa, Edmundo Rico, Luis Cuervo Márquez, Samuel Arturo Meza y Posada, Martín Méndez, Luis Zea Uribe y el historiador no médico Luis Augusto Cuervo.

Escriben aún medicina e historia, Luis López de Mesa, Luis Patiño Camargo, Andrés Soriano Lleras, Alfonso Bonilla Naar, Humberto Rosse-lli, Gerardo Paz Otero y Antonio Martínez Zulaica y el ilustre y erudito historiador no médico, pero expertísimo en la historia de la medicina y en Mutis, doctor Guillermo Hernández de Alba.

PRESENCIA HISTORICA DE MUTIS

La persona y la obra de Mutis se presentan con tal plenitud ante la crítica histórica, que la satisfacen y enaltecen en grado sumo.

Una incompleta revisión de los temas mutisianos en nuestra historia a lo largo de un siglo nos permiten mostrar la unanimidad con que historiadores de diversas épocas y de distinta formación, han examinado y calificado siempre la persona del señor Mutis y su obra de cuarenta y ocho años en el virreinato de la Nueva Granada.

En 1854 don Florentino Vezga, autor de una memoria sobre la Expedición Botánica, dibujaba así de mano maestra la figura del doctor Mutis (27):

“Estatura elevada, continente grave, modales fáciles y altamente corteses. Rostro noble, circunspecto, imponente, de forma oblonga. Mirada penetrante y concentrada, párpados superiores abultados, como los de todo hombre serio en sus meditaciones, en sus juicios, en sus palabras y resoluciones. Tal era la apariencia general de su respetable fisonomía. Cuando explicaba los principios y los corolarios de la ciencia, sus facciones, de ordinario recogidas, se expandían en el calor del entusiasmo y se bañaban en una dulce expresión de alegría. Hombre austero, sus planes se reducían a sus aspiraciones. Y tan eximio por su conciencia como por su genio, sus aspiraciones eran a la vez inocentes, grandes y santas: merecer la memoria de los hombres por sus servicios a la ciencia, y la memoria de Dios por su fe y acrisolada virtud. Su mayor afán fue siempre servir al progreso humano, ofreciéndose como un dechado de prendas de moralidad y ofrendando a la causa de la verdad sus cualidades intelectuales. Tal era el hombre que fundó las ciencias en la Nueva Granada”.

En diciembre de 1884, el ilustre científico colombiano profesor y doctor Liborio Zerda, escribe en el “Papel Periódico Ilustrado”, un largo ensayo sobre el señor Mutis, del cual tomamos textualmente el reconocimiento que Zerda hace de la medicina mutisiana en las siguientes palabras (28):

“Mutis no se olvidó de los deberes que como médico había contraído en favor de los pobres, y ejercía su profesión con entusiasmo siempre que hallaba medios para practicar su caridad; la humanidad en general, le debe el beneficio de sus descubrimientos
.....
Fue nombrado Mutis Director-Regente de los Estudios de Medicina

que se hacían en la capital de la Nueva Granada, y él impulsó los estudios prácticos de la Anatomía, haciendo que se ejecutaran disecciones en los cadáveres, pues hasta entonces solo se tenían nociones de este ramo por algunos escasos libros *y por el estudio de algunos animales que tenían semejanza en sus vísceras con las del hombre*" (el subrayado es nuestro).

.....
Mutis en unión de su coprofeesor Isla, contribuyó a cimentar los verdaderos estudios de la Medicina en Santa Fe de Bogotá y a la propagación y conservación de la vacuna".

Por esta cita de Zerda se echa de ver que los títulos de Mutis como fundador de nuestra medicina, no habiendo sido desconocidos en el pasado siglo XIX, no pueden ser discutidos ahora. Figuran en todos sus biógrafos y en todos los comentadores de la vida y de la obra del sabio. Particularmente esta cita del doctor Zerda tiene el inmenso valor de que su autor es un irreprochable testigo en la creación de la medicina colombiana.

Más recientemente el brillante y erudito maestro Luis López de Mesa dice así sobre el sabio Mutis (29), en cita que se transcribe de una publicación del doctor Jaime Jaramillo Arango:

"Fue un regalo que la Patria abuela nos hizo, más valioso que el oro de los quintos reales que en doscientos años de colonia le enviara nuestra tierra. Orquídea rara de la mentalidad española, de la estirpe racional de Aristóteles, de la escuela de Galileo y Copérnico".

Suscribo además sin ninguna reticencia la hermosa frase del mismo maestro López de Mesa, quien en síntesis afortunada y feliz bautizó a don José Celestino Mutis como el *protoprócer* de la cultura colombiana.

Hónrase pues la medicina colombiana de haber sido fundada por el más alto y egregio varón del siglo XVIII. De haber sido alimentada ya en su cuna por las mejores instituciones médicas europeas de los siglos XVIII y XIX, en particular de la filosofía científica de la ilustración.

Además de proclamarlo en este ensayo como el fundador de la primera escuela científica de medicina en Colombia, Mutis, que ya era el príncipe de los botánicos americanos, resulta ser también el primero de nuestros matemáticos y el más autorizado creador de la astronomía en el Virreinato, solo superado un siglo más tarde por don Julio Garavito Armero.

La astronomía fue una de las ciencias que más contribuyeron a conformar el pensamiento del siglo XVIII. Grandes astrónomos, maravillosos descubrimientos y notables perfeccionamientos en la construcción de aparatos para ella, son los aportes del siglo XVIII. Por manera pues que a Mutis, empapado e influido en el espíritu ilustrado de su siglo le fue familiar el conocimiento profundo de la astronomía. La importancia extraordinaria que esta ciencia tuvo en el siglo XVIII, está muy bien expresada por el más grande astrónomo francés de la época, continuador de la obra de Newton, Laplace.

“La Astronomía por la importancia de su fin y por la perfección de sus teorías, es el más bello monumento del espíritu humano; el título más noble de su inteligencia. Seducido por las ilusiones de los sentidos y del amor propio, durante largo tiempo el hombre se ha considerado a sí mismo como el centro del movimiento de los astros y su vano orgullo ha quedado castigado por los temores que los astros le han inspirado. Al fin varios siglos de trabajo han sido causa de que cayera el velo que ocultaba a sus ojos el sistema del mundo” (30).

Queda por fuera de los límites de este ensayo relatar una vez más la encendida polémica más teológica que científica que sostuvo el doctor Mutis contra la orden de los predicadores, por la enseñanza de la moderna astronomía en su cátedra de matemáticas del Colegio del Rosario. Es un aspecto de Mutis, muy interesante para el estudio de su personalidad, y de excepcional importancia en el conjunto de su biografía, pero que no tiene una vinculación directa con el Mutis médico.

Aspectos menos conocidos de la personalidad mutisiana, que ha sido comparada sin exceso o hipérbole a las múltiples facetas de una piedra preciosa tallada, son por ejemplo entre otros, los siguientes:

Mutis es el primer científico que a instancias de Línneo, estudia las hormigas americanas. Lo hace en los *Reales de Minas de Vetas en Santander y del Sapo en Ibagué*. Es pues nuestro primer mirmecólogo, si bien sus estudios irregulares e interrumpidos por la andaluza inconstancia del sabio están hoy completamente perdidos y no conservan valor científico (31).

Estudioso de la antropología y de la sociología indígenas, Mutis logra obtener de un cura tunjano que le suministre una gramática de la lengua chibcha, muisca o mosca, que copiada por los ayudantes del sabio, es enviada a Madrid en cumplimiento de una real orden de Carlos III.

ANTECEDENTES HISTORICOS DEL PLAN DE ESTUDIOS

El plan de estudios para la enseñanza de la medicina en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, redactado por las manos doctas y sabias del doctor Mutis, y llevado a la práctica por este y por su discípulo el doctor Isla, es uno de los momentos estelares de la vida mutisiana que rivaliza en importancia histórica y en trascendencia con la Expedición Botánica.

Obra de tanta magnitud y de tan acabada perfección no fue producto de circunstancias aleatorias ni podía surgir fácilmente de un día para otro; tiene antecedentes médicos e históricos que vamos a ver y debe tenerse en cuenta, que es un documento de la madurez de Mutis, después de cuarenta años de ejercicio de la profesión y de infatigable estudio teórico y práctico de las ciencias de la naturaleza.

El más importante antecedente del plan de Mutis-Isla es el famoso plan para la enseñanza elaborado y publicado por el ilustre Oidor-Fiscal

de la Real Audiencia, don Francisco Antonio Moreno y Escandón. Para un perfecto estudio biográfico del señor Mutis, debe relacionarse íntimamente con la ideología política y con la actividad de enseñanza y de gobierno de Moreno y Escandón. No tenemos nosotros a la mano documentos completos sobre la magnífica vida de este célebre personaje, el más caracterizado representante de la ilustración laica y racionalista del siglo XVIII, el más fiel ejecutor de las doctrinas de los ministros de Carlos III y el hombre que verdaderamente abrió una brecha para demoler la estructura teológica, tomística y confesional de la sociedad y de la educación del Virreinato.

Es a la sombra de Moreno y Escandón, como Mutis se atreve a presentar las modernas teorías astronómicas y a sostener su agitada polémica con la Orden de los Predicadores. Todos los aspectos de avance, de revolución, de modernismo que hay en el plan de Mutis, tienen indudablemente dos fuentes: la primera su vasta y exquisita erudición y la segunda el mecenazgo y la protección que contra las asechanzas de los teólogos peripatéticos, daban a Mutis el Virrey Caballero y Góngora y el fiscal Moreno y Escandón.

Como antecedente histórico inmediato y como documento que autorizó a Mutis a confeccionar el plan de estudios, sabemos que su Majestad Carlos IV dictó el 2 de octubre de 1801 en el Real Sitio de San Ildefonso, una cédula dirigida al Virrey Amar y Borbón autorizándolo a establecer ya en forma definitiva la Facultad de Medicina y no una simple cátedra (32).

Para esta primera parte del estudio del plan, nos apoyamos en documentos del archivo rosarista, pacientemente exhumados, ordenados y publicados por el muy erudito cronista del colegio, don Guillermo Hernández de Alba, a quien queremos rendir dentro de este trabajo el sincero homenaje a que es merecedor, por su patriótica labor en el campo de la historia de la medicina en Colombia.

Dice don Diego Mendoza (33):

“El Plan de Estudios Médicos es un documento que hace mucho honor a Mutis, así por los conocimientos que revela como por cierta sagacidad pedagógica que muestra en algunos pasajes”.

El sabio eleva una representación al Virrey, destinada a su Majestad el Rey Carlos IV, titulada *Estado médico y sanitario del Nuevo Reyno de Granada al finalizar el siglo XVIII*. Una atenta lectura de este largo documento de 25 páginas, revelador como ninguno otro del carácter reservado, polémico y acre muchas veces del sabio, listo siempre a defender su obra ante las autoridades virreinales contra los impostores que tuvo a lo largo de su vida, nos permiten ver en esta representación un esbozo muy madurado ya del plan que más tarde iría a poner en práctica. El documento sin embargo, por su definido carácter polémico pierde en algo su valor científico y además, su excesiva longitud, el estilo prolijo del autor y posiblemente la rapidez de su redacción hacen que desmerezca un poco en cuanto a su contenido médico en sí mismo.

Sabemos que Mutis tuvo durante largos años la amargura de la polémica contra don Sebastián López Ruiz. En este documento de 1798, aparecen repetidas alusiones envenenadas contra la censurable conducta del médico panameño, a quien Mutis sin embargo trató de atraer a su causa proponiéndolo como catedrático de doctrina hipocrática, pero en ese mismo gesto de escoger el nombre de López como presunto profesor, le dispara la saeta de decir que López tiene derecho a la cátedra únicamente por ser un profesor anciano.

Vale mucho este documento para la historia de la medicina porque en él traza Mutis el siguiente cuadro sanitario del Virreinato, impresionante y trágico para la época en que fue escrito.

Dice el sabio así:

“De esta inconsiderada y pésima elección de sus poblaciones han dimanado dos plagas endémicas que afligen mucha parte de sus habitantes. Las escrófulas, llamadas vulgarmente cotos y las bubas, llagas y demás vicios que acompañan al primitivo mal gálico ciertamente original del propio clima. Se han ido propagando hasta el punto de representar algunos pueblos un verdadero hospital. Para cúmulo de su desgracia se van inficionando con los contagios de otras dos enfermedades no menos asquerosas: lazarina y caratosa; y siendo esta última en mi concepto una especie de lepra judaica, se verifica en este reino el azote reunido de ambas lepras, originarias de la Grecia y Palestina”.

Afirmamos que la persona del señor Mutis aparece contradictoria cuando se cotejan dos documentos salidos de su pluma:

En la introducción al plan censura fuertemente la medicina gaditana y sevillana y en la memoria sobre el estado sanitario del Nuevo Reyno de Granada, para defenderse de López Ruiz y de otros impostores, hace encendido elogio de la preparación que el Colegio de Cirugía de Cádiz, bajo la dirección de don Pedro Virgil había impartido a él y a sus discípulos. Esto en un momento de la vida de Mutis en que recibió una formal invitación del marqués de Sonora para regresar a la Península a regentar las cátedras del Colegio de Medicina y Cirugía de Madrid. No concedemos pues mayor valor a esa introducción al plan de estudios, que ha sido copiada literalmente en la excelente obra de don Diego Mendoza.

El plan comprendía cinco años para los cursos académicos y tres para la práctica de hospital. Concluídos los primeros estudios académicos, los estudiantes recibirían sus grados, que luego serían rivalizados después de los tres años de práctica.

El mismo Mutis se expresa así en el plan (34):

“La suficiente instrucción en el idioma latino y algún conocimiento del griego; la filosofía racional que incluye la Lógica y la Etica, se han considerado siempre como necesarios para cualquiera Facultad Mayor. *La inteligencia de las lenguas vivas inglesa, italiana y principalmente la francesa, que sirve de coronamiento a cual-*

quier literato, sería incomparablemente más útil al médico por hallarse publicados en ellas los progresos más recientes de la medicina y de las otras ciencias naturales auxiliares”.

Mutis inicia el plan de estudios con las cátedras de física y matemáticas, materias para las cuales recomienda como texto el libro del Abate Nollet, famoso físico teórico francés anterior a la revolución, aquel que electrizó una compañía de guardias de Corps ante Luis XV, para demostrarle el inmenso poder de la electricidad. Nollet es famoso por haber introducido a Francia, y posteriormente a España, la física de la escuela de Leyden.

Mutis recomienda él también aparte del tratado de Nollet que la física se estudie por Musssembroeck y por Gravesande, coautor el primero de la archifamosa botella de Leyden, y descubridor el segundo de la dilatación de los metales bajo el efecto del calor, con el popular anillo de Gravesande, que todos los bachilleres hemos tenido en nuestras manos.

La introducción de estudios de matemáticas y física obligatorios para jóvenes que iban a cursar medicina y ciencias naturales, es la primera revelación del plan de Mutis. Hace pues 165 años que el sabio español recomendó e impuso obligatoriamente en la enseñanza de la medicina en Colombia, las matemáticas y la física, que después de siglo y medio han vuelto a ser exigidas a los jóvenes estudiantes de 1960.

¿De dónde viene a Mutis la idea de que las matemáticas fuesen necesarias para el estudio de la medicina? Indudablemente de sus lecturas de Newton, de Descartes y además del auge extraordinario que la astronomía alcanzó en el siglo XVIII como lo vimos páginas atrás.

La naciente medicina mutisiana tiene por lo menos dos hondas raíces en la Escuela Médico-Naturalista de Leyden en los Países Bajos: las matemáticas de Musschembroeck y la patología y la clínica médica de Hermann Boerhaave (35).

La tercera cátedra que por su importancia y su trascendencia hace del plan de Mutis una obra maestra neo-granadina, es la química. Su importancia puede medirse por el hecho de que la enseñanza de la medicina y la inauguración formal de los estudios médicos, fueron demorados por Mutis en espera del profesor de química y de los elementos de laboratorio. Mutis había aconsejado el nombre del famoso químico D'Elhuyar o Elhuyar, para regentar la cátedra, aspiración que hubo de reducirse nombrando a un criollo en ausencia del español.

Cuando en las facultades de medicina europeas, se enseñaba todavía la pseudo química de Stahl, Mutis da otra prueba de su asombrosa cultura y modernidad recomendando sin vacilar que la química debe enseñarse por Lavoisier, Priestley, Pelletier y Caventou, estos dos últimos famosos descubridores del alcaloide de la *quina*. (Gredilla 75/81).

Adoptando a Lavoisier, Mutis se hace frontalmente adversario de Stahl. Ya sabemos que Lavoisier invirtió una considerable parte de su cuantiosa fortuna personal, en los dispendiosos experimentos que tuvo que hacer para demostrar el error conceptual de Stahl en su teoría del flo-

gisto. Mutis comunica a su plan un franco aire racionalista y científico, que le quita cualquier sospecha de teología y de barroquismo y lo eleva por encima de todos sus otros documentos escritos.

Estos son los rasgos de genial modernidad científica que confieren sin exageración el título de obra maestra al plan mutisiano. En las clases teórico-prácticas de la introducción ya se coloca el sabio a la altura de Leyden y de París. Pero no termina aquí el mérito de este documento magnífico.

El estudio de la anatomía se hacía según el *Compendium Anatomicum* de Heister, famoso anatómico alemán joven de la primera mitad del siglo XVIII, y obra que fue respetuosamente dedicada por su autor al príncipe de la anatomía, Morgagni.

La anatomía se comprobaba en las disecciones sobre cadáveres, y se convertía además en clase de cirugía siguiendo las orientaciones de la *Obra anatómico-quirúrgica* de Winslow, el ilustre cirujano y anatomista francodanés, que fuera convertido al catolicismo por Bossuet.

Dice así Mutis sobre la anatomía (36) :

“La Tercera de Anatomía, cuyo Instituto será enseñar prácticamente en los cadáveres las partes del cuerpo humano con toda la extensión, que requiere un exacto conocimiento de los huesos, carnes, entrañas, glándulas, vasos y nervios; limitando su enseñanza puramente al organismo del cuerpo humano; pues su mecanismo o bien sea la inteligencia de sus funciones en el viviente pertenece a la enseñanza de la siguiente cátedra. También será por ahora de su Instituto la enseñanza de la Cirugía práctica executando en los cadáveres todas las operaciones manuales, que puedan ocurrir al cirujano. A esta cátedra de indispensable asistencia para todos los cursantes médicos y cirujanos, deberán también ser admitidos los cirujanos romancistas”.

ANALISIS MEDICO DEL PLAN DE ESTUDIOS

Para nuestro estudio del plan del sabio Mutis, la parte más importante es el detenido análisis de las instituciones médicas y de los aforismos de Boerhaave. La incorporación de las obras de Boerhaave a un plan de estudios médicos escrito en 1802 para estudiantes criollos de una colonia hispano-americana, es una rica veta de impresiones y de glosas históricas, que conviene hacer no simplemente como material de relleno, sino por la importancia intrínseca del hecho en sí mismo.

Dice Mutis sobre Boerhaave según cita don Diego Mendoza :

“Durante este tiempo podrá el practicante con gran provecho suyo estudiar los aforismos prácticos de Boerhaave, de *Cognocendis et curandis morbis*, comentados por Van Swieten como que son los que le podrán guiar a una práctica racional y al mejor desempeño de su comisión. Podrá con el mismo fin leer frecuentemente a Sydenhan, a Hoffmann, a Cullen, Morton, Gorter y Anton de Háen y par-

ticularmente a Ramazzinni, sobre las enfermedades de los artífices y a Tizot sobre las enfermedades particulares de la gente de corte, de los literatos y otras”.

Obsérvese por la cita de los tratadistas que hace Mutis, como quiso introducir en la cuna misma de Colombia a los más grandes valores de la medicina europea del siglo XVIII, que ocupan todos vasto espacio en la historia de la medicina.

¿Qué significa para el plan de estudios, el minucioso estudio de Boerhaave? —Dice don Pedro Laín Entralgo en su libro *La Historia Clínica*— (37):

“La mente de Boerhaave hállase lúcida y sensiblemente despierta a la aporía diagnóstica. Hállase Boerhaave muy lejos del optimismo diagnóstico de la Antigüedad y de la Edad Media, cuando los médicos no veían sometidos sus juicios al inapelable tribunal de la necropsia.

Dos son, dice en sus *Instituciones*, los fundamentos del conocimiento médico: la observación cuidadosa de los fenómenos que aparecen ante nuestros sentidos externos en el hombre sano, en el enfermo, en el moribundo y en el cadáver; y una severa indagación de lo que en el hombre se halla oculto a los sentidos; lo cual, añade, solo puede ser conocido mediante el raciocinio.

Examinando al enfermo, preguntará el médico —enseña Boerhaave— si antes de producirse la enfermedad que examina, hubo en el enfermo algo preexistente que a modo de causa pudo determinar la enfermedad que trata de conocer y de curar.

Boerhaave es el heredero de la gran tradición clínica de la escuela de Leyden. La enriqueció considerablemente y supo elevarla a la forma de canon”.

Más adelante el ilustre historiógrafo español en el primer tomo de su *Historia de la medicina* se expresa así sobre Boerhaave (38):

“Hermann Boerhaave fue sin duda el más médico de los tres grandes sistematizadores de la Medicina del Barroco y el de más influjo sobre el curso ulterior de nuestra Historia. Por eso sitúo su nombre a la cabeza del breve grupo a que pertenece Las Instituciones Médicas de Boerhaave cuyo nombre completo en latín se transcribe: *Institutiones medicae in usus annuae exercitationis domesticos digestae* (Leyden 1708 y quince ediciones ulteriores) constituyen un breve Tratado sistemático de toda la Medicina: Historia y principios generales, fisiología, semeiotica, higiene y terapéutica. *Ellas son las que definitivamente destierran el persistente galenismo escolar de las universidades europeas.*

Los *aforismi de Cognocendis et curandis morbis in usum doctrinae medicae* (Leyden 1709 más diez ediciones ulteriores) son como su nombre lo indica, un prontuario y un repertorio de Medicina práctica”.

Lain se extiende en un minucioso análisis de la persona, de la vida y de toda la medicina boerhaaviana que se transcribirá como anexo de este trabajo, por su prolija extensión.

Lo transcrito es bastante para presentar de cuerpo entero al príncipe de la medicina interna de Europa, como lo bautiza acertadamente Castiglioni.

Este es el tratadista y maestro que inspira la formación científica de los primeros médicos colombianos. Lo debemos a Mutis quien lo impuso en su plan de estudios, y vimos antes que es por Boerhaave por lo que López de Mesa califica a Mutis de revolucionario y al plan de estudios como la primera revolución de la medicina en Colombia.

Además Mutis exigía que la obra de Boerhaaven se leyera en la edición comentada por Van Swieten, el archiconocido clínico de Viena, creador de la Wiener Alter Schule, médico de cámara de la emperatriz María Teresa de Austria, y figura eminentísima de la historia de la medicina.

De Boerhaave dice además, apartándose radicalmente de Lain Entralgo, el gran historiógrafo de la medicina, Sigerist que Boerhaave era más que barroco, ecléctico. Dice textualmente Sigerist (39):

“En la enseñanza clínica, que profesó desde la muerte de Bidloo en 1714, fue donde desarrolló Boerhaave una actividad verdaderamente insuperable, mostrando junto al lecho del enfermo, toda su personalidad. No era solo un teórico sino también un gran médico en el más profundo sentido de la palabra, un médico que se acercaba a los enfermos con el fino olfato de un diagnosticador nato, que ponía la terapéutica al mismo nivel que su amor a los hombres, y entusiasmaba a sus oyentes al presentar los casos con lógica sorprendente. En el Hospital situado detrás de la Iglesia de Nuestra Señora, en Leyden habían dos salas de seis camas, una para hombres y otra para mujeres, dispuestas para la enseñanza clínica. Junto a esas doce camas se formaron los médicos de media Europa!

Si bien las raíces llegan hasta Padua, la cuna de nuestra clínica, de nuestra Medicina moderna es Leyden. En el Hospital de Boerhaave cristalizó el método del reconocimiento del enfermo
.....
En Leyden se plantaron las semillas que pronto habrían de dar sus frutos en otros lugares”.

La medicina de Mutis, puede ya afirmarse, es principalmente hipocrática. Mutis es de los que bautiza la obra hipocrática como la biblia médica y en el plan de estudios se enseña como sexta cátedra la doctrina hipocrática, de la cual dice el propio Mutis (40):

“Ella ha de ser estudio de por vida para poseer los profundos conocimientos prácticos de la antigüedad y saberlos combinar con los de los siglos posteriores; por cuyo medio se manifiesta la conformidad de la Medicina práctica entre los grandes médicos antiguos y sus imitadores Sydenham y Boerhaave”.

Es además una medicina boerhaaviana, y por ende enfrentada a Galeno y es finalmente para el año en que fue concebido el plan de estudios, una medicina muy moderna, racional y científica que incorporaba matemáticas, física, química de Lavoisier y por primera vez en todo el continente el libro de Ramazzinni sobre las enfermedades profesionales.

LA TERAPEUTICA Y OTROS ASPECTOS DEL PLAN DE MUTIS

En el capítulo anterior presentamos *in extenso* la inmortal figura de Hermann Boerhaave como personaje central en el plan de estudios del sabio Mutis. Dentro de este esquema de estudios, en donde es fácil encontrar los nombres más ilustres de las ciencias matemáticas, físicas y naturales de la Europa del siglo XVIII, una más viene a aumentar esa larga lista.

Es el nombre de Bernardino Ramazzinni. Oriundo de Módena, Ramazzinni alcanzó el honroso título de padre de la higiene profesional y creador de la medicina del trabajo. La historiografía médica italiana lo ha calificado como inmortal y en verdad que lo es. Su obra: *De morbis artificum*, editada en Módena y luego reeditada en Padua, lo ha consagrado universalmente.

Mutis recomienda a los jóvenes convictores del Rosario que lean con provecho y deleite esta obra de Ramazzinni.

Pero es que además Ramazzinni entra en el plan de Mutis no solo por el aspecto destacado de su obra sobre las enfermedades profesionales. El otro aspecto de la influencia de Ramazzinni en la naciente medicina colombiana, es a nuestro parecer mucho más importante, con serlo ya en sumo grado su primera categoría histórica.

Nos referimos a la posición tomada por Ramazzinni frente a la *quina*. La *quina* dividió y enfrentó a los maestros de la medicina europea en dos grupos opuestos. Los que la usaron y obtuvieron con ella éxitos terapéuticos, la recomiendan y alaban en términos muchas veces excesivos y ampulosos. Hubo otros que la rechazaron airados.

Entre los grandes enemigos de la *quina* estuvo Stahl; mientras que en cambio sus epígonos médicos Cullen y Brown recomendaron calurosamente la *quina*.

Ramazzinni también la recomienda en una forma de tal manera elogiosa que citaremos más adelante en su fuente textual, y va aún más allá: escribe una *Memoria* sobre las fiebres y las divide según su respuesta a la *quina*. Esta memoria es adoptada para la enseñanza por nuestro sabio Mutis quien la hace estudiar en la facultad de medicina del Rosario.

Esta es la fuente de la referencia del maestro Ramazzinni sobre la *quina* (41):

“Seguramente una vez que el uso de este remedio se haga conocido, deberá confesarse que en lo concerniente a la doctrina de las fiebres y al método de curar estas, un cambio (revolución) se ha verificado, al que en el arte militar, determinó el invento de la pólvora”.

Ramazzinni Bernardino: *Orationes Jatrici Argumenti & c. Patavii*. M. DCC. VIII.: Oratio Tertia.

En el plan del sabio Mutis se recomendaban además por este otros tratadistas europeos para cada una de las diversas materias del plan. Por ejemplo queremos reproducir textualmente la parte final tomada de la obra de don Diego Mendoza y que hace referencia a la enseñanza que debe impartírseles a los llamados en esa época cirujanos romancistas, que eran con toda seguridad los barberos o flebotomistas, practicones sin ninguna formación universitaria que ejercían el arte de las sangrías.

Dice así el padre Miguel de Isla dentro del contexto del plan (42) :

“Cirujanos Romancistas. Se admitirán en esta clase a todos los que lo soliciten, con tal de que sean de costumbres y corte decentes. Su curso durará cinco años, dos de teórica y tres de práctica en el Hospital. El primer año estudiarán la Anatomía por Martínez (*) dando la conferencia y oyendo la explicación que hiciere el Pasante de Medicina. Al fin del año se examinarán en la misma forma que se dijo tratando de los exámenes de Medicina. Concurrirán a todas las disecciones anatómicas en el Hospital. El segundo año estudiarán la Cirugía de Gorter en castellano, tomando de memoria todo lo que el Pasante considerase necesario y al fin se examinarán de toda la Anatomía y partes principales de la Cirugía, y lograda la competente aprobación por escrito, pasarán a practicar en las Salas de Cirugía del Hospital bajo la dirección del médico y cirujano de él. Esta práctica ha de durar tres años. Concluídos estos se presentarán a examen ante el Protomedicato y lograda la aprobación y con las licencias y títulos correspondiente de tal Cirujano Romancista podrá ejercer lícitamente su facultad. Santa Fe, Mayo 25 de 1804. Miguel de Isla”.

* Aparece en esta cita, el doctor Martín Martínez como autor de un tratado de anatomía en castellano. Obsérvese cómo los autores del plan, reservaban los textos latinos, (Heister) para los doctores en medicina y usaban los tratados menores en lengua castellana para los prácticos.

Dentro de la terapéutica mutisiana la *quina* ocupa el centro de las preocupaciones del sabio. Por eso le hemos fijado la extensión de un capítulo dentro de nuestro ensayo.

Otros aspectos de la terapéutica, tanto en el plan como en la vida médica del sabio se encuentran repetidas veces citados en Gredilla y en Mendoza Pérez. Veamos por ejemplo este, que es una carta de Mutis al joven hijo del sabio Linneo, citada por Mendoza:

“Por lo que mira a los específicos, de que uso en la práctica de la Medicina, solo quiero decirte de paso, que toda la práctica de la Medicina, como lo han conocido bien los Grandes Hombres, puede reducirse a mui pocas cosas según pienso: porque en realidad ni a ti ni a ningún profesor de Medicina se le ha podido ocultar que toda la práctica es sumamente sencilla y purgada del amontonamiento de

muchas drogas contra la preocupación del vulgo de los Médicos: tan sumamente sencilla es toda la Materia Médica, que he acomodado a mi práctica, que no han dexado de entenderlo estos Habitantes de América, y de este conocimiento ha resultado averme adquirido y conciliado tal estimación entre ellos, que guiados por la experiencia de una práctica felicísima y casi de ningún costo concurren los enfermos en tropa a este sitio donde me retiré. Apenas creería algún europeo que estos enfermos casi nada gastan en sus enfermedades sin aver conocido primero que están desterradas (y con felicidad) de estos Payses las Boticas. Porque a la verdad los Americanos se han acostumbrado a vivir contentos con las simples yerbas que la Naturaleza produce en sus campos”.

Nos parece que este largo párrafo es todo un código de procedimiento en terapéutica y Mutis lo puso en práctica. Se refleja en el ya hondo problema de las boticas, hay droguerías; de la polifarmacia y del alto costo de las medicinas para uso humano, es decir tres problemas sanitarios y sociales que siguen hoy, casi doscientos años después de haberlos analizado el sabio, en el mismo estado de gravedad en que estaban en la colonia española. Y para la solución de ellos, el sabio recomendaba el uso prudente de las plantas medicinales, es decir la misma solución que el pueblo de hoy, agobiado por la gravedad de estos problemas, aplica.

MUTIS Y LA QUINA

De la biografía del sabio, quizás el capítulo más controvertido haya sido el de su larga participación en el complejo problema de la *quina*. Los admiradores irrestrictos, entre los cuales debemos incluir a Gredilla, destacan y elogian la participación de Mutis en la historia de las quinas americanas. Otros en cambio si bien le reconocen participación decisiva, no le prodigan elogios y no le conceden tan grande importancia al tema. El ilustre botánico colombiano José Jerónimo Triana, por ejemplo, adopta una actitud antimutisiana e inclinada a favor de López Ruiz (cita de E. Pérez Arbeláez). En el capítulo Quina de la vida mutisiana, nosotros adoptamos por parecernos los más completos históricamente, los estudios y las conclusiones que sobre la quina en Hispano-América dejara publicados el insigne científico y escritor colombiano Jaime Jaramillo Arango.

En tres de las obras de Jaime Jaramillo Arango (11), (12), (13) se trata en extenso el aspecto histórico-médico de la *quina* americana, que nosotros resumimos en los siguientes párrafos:

(11) Jaramillo Arango Jaime: *Relación histórica del viage que hizo a los Reynos del Perú y Chile el botánico D. Hipólito Ruiz en el año de 1777 hasta el de 1788, en cuya época regresó a Madrid*. Segunda Edición. Tomo I. Madrid, 1952.

(12) Jaramillo Arango Jaime: *Estudio crítico acerca de los hechos básicos en la historia de la quina*. (Publicado en la “Revista de la Real Academia de Ciencias”, de Madrid. Tomo XLIII, cuaderno 1º), Madrid. 1949.

(13) Jaramillo Arango Jaime: *Don José Celestino Mutis y las expediciones botánicas españolas del siglo XVIII al Nuevo Mundo*. Bogotá. Prensas del Ministerio de Educación. 1952.

Es evidente que Mutis no fue el primer descubridor de la *quina* americana, hazaña científica e histórica que corresponde posiblemente a viajeros, navegantes y religiosos misioneros muy anteriores a la época de Mutis, cuyos nombres y cuya cronología no han sido bien determinados por la historia.

Afirmar esta tesis, como lo hacen Triana, Mendoza y Jaramillo Arango no es restarle méritos a la obra científica del sabio Mutis, sino colocarla en el justo punto histórico que le corresponde dentro de la extensa bibliografía quinológica.

Años antes que Mutis las quinas fueron estudiadas en el Perú por don Hipólito Ruiz y don José Pavón. Antes que Ruiz y que Pavón, don Jorge Juan y Santacilia y don Antonio de Ulloa, celeberrimos marinos españoles miembros de la expedición de Godín, Bouguer y La Condamine, estudiaron la *quina* y su corteza y publicaron *Memoire sur L'Arbre du quinquina*, que vino a ser, dice Jaramillo Arango, la primera monografía conocida sobre el famoso árbol, palo, o leño de calenturas, que fuera presentada a la Real Academia de Ciencias de París en 1738.

El ilustre biógrafo mutisiano Enrique Pérez Arbeláez, científico colombiano que ha gastado su vida y sus recursos en la conservación y prolongación de la obra de Mutis, escribe en este año de 1967 su biografía del sabio.

En el capítulo XI de esta obra titulado en forma sugerente y exacta "El divino y amargo remedio", Pérez Arbeláez trata de la *quina* en la vida de Mutis. Hace el estudio botánico de la planta. Analiza los aspectos económicos de los estancos de la *quina*. Trata de nuevo en extenso la desagradable y funesta polémica entre Mutis y López Ruiz, pero omite los aspectos estrictamente médicos de la quinología de Mutis.

Esa infortunada polémica es el marco de dolores y de amarguras de toda la vida del doctor Mutis en el Nuevo Reino. Aparece en muchos de sus documentos y todos los estudiosos de la vida mutisiana, comprenden fácilmente cuán terribles efectos produjo en el ánimo sereno, en el espíritu y en el corazón del maestro esta grave impostura histórica.

Los aspectos médicos de la quinología mutisiana se encuentran muy abundantes en Gredilla, en el epistolario del sabio, recogido por Hernández de Alba y en el plan de estudios que analizamos atrás.

Mutis aplica la *quina* en una amplia variedad de estados morbosos. Ya desde esa época cumple una de las más categóricas exigencias de la ética médica: hace en sí mismo un ensayo terapéutico con *quina* para un ataque de fiebres tercianas y adquiere la grande autoridad que por la misma época adquirirían los maestros clínicos franceses, quienes según lo reza la historia, fueron precursores del auto ensayo terapéutico.

Cita don Diego Mendoza la memoria de Mutis para la curación de las enfermedades reinantes en el Darién, en las siguientes palabras:

"En 24 de Octubre de 1801 le dice Mutis al Virrey Mendinueta que aunque a costa de la propia humillación, no debía ocultarle los

saludables efectos que estaba produciendo la publicación de la *Quinología* de Santa Fe. En efecto —proseguía— el Doctor Clarke, médico de Filadelfia, ha empleado la Quina Blanca de Santa Fe en la terrible epidemia de la fiebre amarilla con tan feliz suceso que asegura en el Tratado publicado sobre este descubrimiento haber sido este el único remedio con que ha curado dicha enfermedad en los Estados Unidos”.

La *quina* se le convirtió al señor Mutis, dice Hoyos Sáinz, (citado por Jaramillo Arango), “en la mayor pasión botánica de sus últimos años”.

El primero de los trabajos publicado por Mutis sobre quinas está fechado en 1792 en Cádiz y se titula: *Instrucción formada por un facultativo relativo a las especies y virtudes de la quina*.

El segundo trabajo es el famoso *Arcano de la quina* o *Discurso de la parte médica de la quinología de Bogotá* que se publicó primeramente en el “Papel Periódico” de la ciudad de Santa Fe en 1793-1794, trabajo que por ser más de aspecto médico que botánico es el que mayor valor tiene para nosotros. Este trabajo fue extractado y reproducido en el “Semanario de Agricultura” de Madrid en 1798 y en “La Gaceta de Guatemala” en 1802.

Al ser reproducido en el libro del profesor Sarrailh se le llama *Arcana* y no *Arcano*, pequeño error que debe corregirse y que es perfectamente explicable en un libro del volumen del de Sarrailh.

El tercero y definitivo trabajo mutisiano sobre la *quina* es ya su *Quinología* o *Tratado de las quinas*, que por su vastedad e importancia forma uno de los tomos de la grande obra hispano-colombiana *Flora de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada*.

La *quina* y su alcaloide principal la quinina son sin duda, no solo un divino y amargo remedio como lo bautiza acertadamente Pérez Arbeláez, o como ya lo bautizó el propio Mutis al usar la palabra “Arcano”, sino que además puede ser calificado como el más antiguo remedio que ha usado la humanidad doliente. Mientras que el mercurio y el arsénico que se remontan hasta Paracelso, están hoy completamente olvidados en la terapéutica moderna, la *quina* y la quinina recobran periódicamente su actualidad y su validez.

Son las periódicas guerras que se abaten sobre el planeta, guerras que precisamente adquieren su mayor ferocidad en los territorios donde desde tiempos inmemoriales reina la malaria, las que cada cuarto de siglo le devuelven todo su prestigio y todo su valor a la quinina y con ella todo su olvidado valor histórico.

Si el doctor Mutis viviera en 1967 expresaría en su fuerte lenguaje andaluz, su asombro al ver que la *quina* de los montes de Loja y de Tena guarda aún toda su virtud terapéutica y conserva tres siglos después de su descubrimiento en América todo su valor económico de moneda y de monopolio.

Ninguna otra droga alcanzó tan gloriosa longevidad como la *quina* la cual ha sido usada, a excepción de las tierras árticas y antárticas, a lo largo y a lo ancho de toda la extensión del globo terráqueo, posiblemente por todas las razas humanas; ha sido aplicada en todas las formas terapéuticas y por todas las vías de acceso al interior del cuerpo humano y con toda seguridad, ha sido prescrita más de una vez por todos los médicos de todas las naciones.

En la página 83 de la biografía de Mutis por don Federico Gredilla, hay un documento en el cual Mutis se dirige al Virrey, —que será transcrito literalmente en los anexos de este ensayo— pero del cual queremos transcribir dos breves párrafos:

“Por la copia del oficio del Protomédico interino de esta ciudad, que adjunto acompaño a V. E. me paso el día de ayer y se servirá enterarse de cómo se hallan en este Hospital muchos enfermos infestados con la fiebre pútrida, maligna y contagiosa, la qual han propagado los reclutas del Reyno que vinieron con la última remesa, y los Presidarios que acaban de llegar a cargo del Subteniente don Lorenzo de Coca”.

Fiebre pútrida, maligna y contagiosa hace pensar con algunas posibilidades de razón, en las formas digestivas y abdominales de la peste bubónica. Es decir Mutis empleaba la *quina* como magno remedio para tres de los más grandes azotes de la humanidad: el paludismo, la fiebre amarilla y posiblemente la peste bubónica.

Para este capítulo de la vida del doctor Mutis, indudablemente sus biógrafos tendrán en el futuro una rica fuente de informaciones, en las obras del ilustre doctor Jaramillo Arango, a quien, lo mismo que hicimos con el historiógrafo Hernández de Alba, queremos rendir dentro del ensayo, nuestro más ferviente homenaje, de recuerdo a su memoria, para nosotros sagrada por muchos motivos.

Jaramillo Arango, erudito que trata hasta agotarlo el punto del origen de la *quina*, de los primeros médicos que la aplicaron en la América India y en Europa, pertenece sin embargo al grupo de historiadores que resta a Mutis algunos de los excesivos méritos que otros le habían otorgado. Puede encontrarse la explicación de esta posición anti-mutisiana en el lejano pleito científico y personal que envolvió a las grandes figuras de Mutis y de don Hipólito Ruiz, del cual hay testimonios en el *Epistolario de Mutis*, tantas veces citado. Don Hipólito concibió profunda aversión por Mutis, porque atribuía a las intrigas cortesanas de este, la fulminante destitución de su tío don Casimiro Gómez Ortega, del alto cargo de director del Jardín Botánico de Madrid, para ser reemplazado por el Abate Cavanilles, grande amigo del gaditano. Como quiera que Jaramillo Arango fue un fiel admirador de la obra de Ruiz, nos parece que esta es la manera lógica de explicar por qué Jaramillo Arango cierra un poco sus penetrantes ojos y no se deja deslumbrar como otros, por la grandeza de Mutis.

ASPECTOS DE LA MEDICINA DEL DOCTOR MUTIS

A la perspicacia, al talento y a la cultura del sabio Mutis, lo sorprende y abrumba desde su llegada al Virreinato, el grave problema médico, sanitario, económico y estético que representa la endemia del bocio simple o coto. Desde las primeras páginas de su *Diario*, Mutis recoge los decires y consejas populares que escucha en las reuniones sociales, las cuales bautiza irónicamente como "Congresos".

"Hallándome en otro "congreso" —dice— escucha los más absurdos, repugnantes y mágicos remedios contra el bocio, que transcribe en su *Diario* y que nosotros no repetimos por innecesarios. Toda esa superstición popular la destruye con aquella brevísima y mortífera palabra *dudo*. Mutis oye, analiza y resuelve por el camino de la duda las congojas de su pensamiento. Pero se ocupa con honda reflexión patriótica del problema del coto en su relación con las aguas. Acoge en sus escritos la teoría hídrica del coto que agitó la medicina europea durante más de un siglo. El bocio simple era producido por determinadas aguas y en cambio otras lo previenen o lo disuelven. Más adelante en un esbozo de *Geografía médica de la provincia de Antioquia*, hace también referencia a la ausencia de bocios en esa comarca, lo cual atribuye a determinadas aguas.

Ya hoy la ciencia médica no acepta la teoría hídrica del bocio y apenas la registra en las páginas de la historia, donde ocupa importante espacio y donde sigue siendo obligado punto de referencia y rico ejemplo del desarrollo del pensamiento médico.

Pero a nosotros nos sirve para estudiar la estirpe científico-natural, es decir ilustrada y racionalista de Mutis, Caldas, Camacho y Lozano que se ocupan del bocio y lo relacionan con los climas, con la dieta y con las aguas.

Es evidente que algo tienen que ver las aguas con los cotos. No alcanzan a la categoría de agente etiológico, pero las aguas regionales determinan a lo largo de la historia, el perfil geográfico de la endemia.

El bocio simple no es tampoco una yodo-carencia como se ha demostrado ya hasta la saciedad. Es un complejo clínico en el cual intervienen factores históricos, geológicos, genéticos, sociales, educativos, nutritivos y finalmente enzimáticos. ¿Por qué negar como lo hacen muchos, que las aguas tengan la pequeña participación de un tornillo en la construcción de todo el complejo bocioso?

Piénsese qué aspectos de la medicina no tocaría el doctor Mutis en cuarenta años de ejercicio de la profesión, para sospechar cuán hondo, extenso y variado fue su aporte a la medicina colombiana. Muchos de esos aspectos están tratados en la biografía por Gredilla, a la cual remitimos a los interesados.

Mutis se ocupa por ejemplo de las muertes aparentes y de las muertes repentinas. Con las primeras se adelanta en muchos años a un capítulo de la medicina legal y con las segundas, crea la noción teórica e imprecisa todavía, de las muertes por enfermedades agudas del corazón, que hoy están a la cabeza de la mortalidad humana.

Dedica un capítulo de su *Diario* a la enseñanza de la balneología y balneoterapia y estudia personalmente la composición química y las indicaciones médicas de las aguas termales de Tabio. (Gredilla, páginas 90-92).

Se enfrenta al más grave problema de la patología de los criollos y de los indígenas, que son las mordeduras por serpientes, arañas e insectos venenosos y deja sobre ellas útiles consejos.

Es curioso en cambio que Mutis combatiera el uso del baño diario y censurara con acrimonia el baño que dos veces al día le daban las madres indígenas a sus pequeños hijos. Mutis tenía el temor muy europeo, de la peligrosidad del baño frío, que todavía es hoy usual y común aun en los medios más cultos de Europa.

Aspecto particular de la compleja personalidad mutisiana, que aparece varias veces reflejado en las páginas del *Diario*, es el cansancio, la amargura y el desencanto del doctor Mutis por verse obligado a un duro y continuo ejercicio profesional:

“Hallome cada día más sumergido en las amarguras de la medicina sin que me quede tiempo para un moderado descanso”.

No puede acompañar a su Virrey, que lo invita a unas fiestas y a una expedición de cacería porque:

“me he hallado encadenado con varios enfermos de algún cuidado.

El 17 de Julio (viernes) gasté mi tiempo en la asistencia a mis enfermos.

Desde Julio hasta el 28 de septiembre, todo este tiempo lo llevo empleado en la amarga práctica de la Medicina, viéndome en la precisión de asistir a un crecido número de enfermos. Nació esta ocupación de la falta de médicos en el país y de algunos aciertos en mis curaciones, motivo que ha obligado a todo el mundo a entregarse en las manos de Don Jaime Navarro y en las mías”.

(Fragmentos de citas del *Diario* de Mutis publicado por don Federico Gredilla).

Ahora puede decirse que la principal causa de la amargura que el sabio le producía el constante ejercicio de la medicina, no nacía de la medicina misma, sino de la cruda, injusta y violenta oposición que a él hicieron los boticarios, los curanderos y los otros médicos licenciados, que no ostentaban como él, el limpio y legítimo título de doctor en medicina. Lo dice así el ilustre biógrafo de Mutis, padre Enrique Pérez Arbeláez, en el capítulo XV del tomo I de la *Flora de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada*. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid. 1954. Pág. 49:

“Inicia Mutis sus actividades americanas, como médico de la Corte Virreinal y encuentra —primera valla a sus proyectos— que los pseudo-médicos de Santa Fe se sienten lesionados en sus intereses por las actividades del joven facultativo. Además, halla que las

ideas populares, impregnadas de invencible superchería indígena, se oponen a sus tratamientos; que, finalmente, los cuidados de su clientela le impiden su estudio predilecto de la Naturaleza. Cada mirada en torno de sí es un anhelo insatisfecho, cada piedra, cada flor y cada trino le reclama y le reprocha”.

LA IGLESIA CATOLICA Y LA CIENCIA EN COLOMBIA

Por segunda vez en el curso de mis estudios históricos, encuentro que los documentos escritos y todas las otras fuentes me conducen a destacar la excepcional contribución de la Iglesia Católica en el nacimiento y desarrollo de nuestra medicina.

Quede allá en España en su cenobio de Oviedo la figura inmortal de Feijoó, a quien le hemos asignado el papel de principalísima figura de la medicina del siglo XVIII español.

Limitándonos a nuestra medicina colombiana, la encontramos asistida desde su cuna por la suave y firme mano de los eclesiásticos católicos. En efecto Mutis es ya sacerdote cuando se reúne con su discípulo el padre hospitalario Miguel de Isla para redactar el plan de estudios.

El subsiguiente capítulo de esta historia de la medicina colombiana que se detiene absorta en la grandeza de Mutis, debe ser la biografía extensa, justa y exacta del padre Miguel de Isla. Infatigable trabajador en los hospitales de tapia y teja del siglo XVIII, deja su honda huella en el de Santiago de los Caballeros de Cali y luego en el de San Juan de Dios de Bogotá, cuya crónica histórica ha sido hermosamente escrita por el catedrático historiador Andrés Soriano Lleras (43).

Escritas están en el primer volumen de mis *Páginas médicas* las sinceras palabras de elogio a la personalidad del presbítero Juan Eloy Valenzuela y Mantilla, vicedirector de la Expedición Botánica, ordenado por Caballero y Góngora y catedrático del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. La medicina santandereana nace en las venerables manos de Valenzuela y Mantilla, y sin embargo su nombre no está en ninguna placa de la entidad histórica oficial de Santander (44).

Sacerdote y médico también el padre franciscano fray Diego García, herbólogo y viajero científico; íntimo y leal colaborador de Mutis, cuya vida también debe entrar al panteón histórico de la medicina colombiana.

Pasan los años del fervor revolucionario, los de la anarquía republicana, se pierde la huella científica de los eclesiásticos, para reaparecer nuevamente en la tercera década del siglo XX en dos ilustres y beneméritos jesuitas, los padres Lorenzo Uribe y Enrique Pérez Arbeláez, ambos a dos de la fecunda tierra antioqueña.

Las comunidades religiosas menores, es decir las que no alcanzan la plenitud del sacerdocio, aportaron varias figuras eminentísimas de la ciencia natural colombiana: el reverendo hermano Apolinar María, el portestandarte de la ciencia natural y de la museología en Colombia, de la co-

munidad de los Hermanos Cristianos y tras de él la obra respetable y magnífica del Hermano Nicéforo María de la misma comunidad y del Hermano Daniel.

Los educadores religiosos de San Juan Eudes, ostentan el nombre eruditísimo del padre Enrique Rochereau, adelantado descubridor y conquistador científico, religioso y social del territorio del Sarare.

Larga podría ser la lista, que por la índole médica de este trabajo queda fuera de sus límites.

Regresando al presbítero doctor Mutis, queremos terminar diciendo que este nuevo título de sacerdote que es más que un título un carácter, porque es la huella de Dios en el cuerpo y en el alma del hombre, no le restó a Mutis originalidad ni audacia científica, de las cuales había dado abundantes muestras en su obra escrita, sino que más bien le comunicó una nueva calidad de hondura, de serenidad y de trascendentalidad.

Podemos pues concluir estas largas páginas afirmando en la misma forma categórica con que a lo largo de ellas le hemos otorgado a Mutis el título de fundador y padre de nuestra medicina, que esta ciencia universal, sagrada y eterna, como eterno, universal y sagrado es el dolor que ella combate, es también una obra más de la Iglesia Católica en Colombia.

PALABRAS FINALES

Al terminar este ensayo sobre la medicina mutisiana, creemos y así lo hacemos público sin vacilación alguna, que Mutis merece hoy en 1967, de plumas más doctas que la nuestra un elogio y una consagración que aún no ha recibido de toda la nación. No es ya el simple busto que se llena de olvido, ni la placa o medalla conmemorativa. Es una pública declaración oficial de que él, Mutis ha sido el creador de nuestra ciencia, de nuestra medicina, el apóstol de la enseñanza universitaria. El fundador único y auténtico de tantas cosas admirables que hoy nos parecen comunes y corrientes, pero que no lo eran ni existían siquiera cuando él vivió en Colombia durante cuarenta y ocho años.

Con palabras del catedrático y ensayista Abel Naranjo Villegas:

“Mutis es el responsable de la introducción del ademán científico en todos los órdenes del pensamiento. Si usamos las categorías psicológicas y sociológicas contemporáneas, juzgo que en él se rompe el ciclo de la mentalidad mágica y entra en vigencia la científica”.

(Cita de una carta personal).

Por ello pedimos desde aquí que a Mutis se le recuerde y se le consagre en forma diaria y permanente en la enseñanza a la juventud colombiana, desde la pobre y humilde escuelita rural donde puede enseñarse de él el hondo amor por las plantas hasta la elevada y distante universidad colombiana, pública o privada donde Mutis puede ser explicado a través de la Expedición Botánica, en su plan de estudios médicos; en la intro-

ducción de las matemáticas, de la física y de la astronomía; en su mineralogía, en fin, en todos y cada uno de los capítulos de su vida magnífica, maravillosa y fecunda.

En cuanto hace a la medicina ella estuvo durante dos siglos huérfana de cuna y de padre. ¿Dónde y en las manos de quién nació la escuela médica colombiana? ¿Cómo continuar desconociendo a Mutis después de leer ese formidable plan de estudios y toda la trayectoria del doctor Mutis a lo largo de cuarenta y cinco años?

A quienes se hayan extrañado o admirado de mi afán por reivindicar la gloriosa memoria de Mutis, quiero recordarles que Mutis y yo tenemos más de un nexo común. El primero ser ambos médicos, simples médicos en diario ejercicio amargo de la profesión. La lectura de su *Vida* y de su *Diario*, me han aclarado que las mayores tristezas de la vida armoniosa del sabio, le provenían del ejercicio de la medicina, que ha sido indudablemente la amarga e impropicia fuente del dolor de los médicos. El segundo nexo está en la tierra. Mutis y yo somos de Mariquita. Esos ocho años mariquiteños de la vida mutisiana, no fueron un simple pasar. Fueron la época más fecunda de su vida. Fueron a un tiempo mismo, su Tabor y su Calvario. Mutis reñía con los mariquiteños mal intencionados a quienes algún día de su vida allá, quiso sorprender saliendo desnudo de su casa y gritando ¡eureka, eureka! Pero la Expedición creció allá y vino a morir en Santa Fe. Por manera que Mutis y yo bebimos las mismas aguas de las quebradas afluentes del río Gualí, comimos las mismas frutas y nos embelesamos ante el mismo gorjear sonoro de sus pájaros, ante la indescriptible belleza de sus flores y nos embriagamos con el agridulce sabor de sus frutas.

Finalmente Mutis y yo somos españoles. Este es el nexo de la sangre. Yo he hecho pública manifestación de mi adhesión a la medicina de España y sigo siendo un devoto agradecido de sus grandes maestros y de sus sabias enseñanzas.

Con estos tres vínculos del espíritu, de la sangre y de la tierra, me presento aquí a decírles a los jóvenes estudiantes rosaristas, que para su carrera, para su sabiduría, no tienen que mirar a extrañas y ajenas tierras, ni aprender nuevas ideas. Vuelvan los ojos al pasado del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, nartesio de la patria y allí encontrarán a flor de historia, la huella sabia y gloriosa de José Celestino Mutis, y pueden seguirla seguros y confiados de que ella los conducirá a la inmortalidad.

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo hubiera sido completamente imposible de no haber contado su autor con la ayuda generosa, cordial y desinteresada de las siguientes personas que se citan aquí en orden alfabético. Todas ellas me honran con su amistad y por todas ellas tengo el mismo noble sentimiento de una gratitud imperecedera.

Los méritos que esta obra consiga con el tiempo, pertenecen tanto a ellos como a mí.

Doctor Luis Floren, director de la Escuela Interamericana de Bibliotecología de la Universidad de Antioquia, quien me orientó en aspectos bibliográficos y me suministró el *Archivo epistolar de Mutis*.

Doctor Alvaro González Mutis, heredero colateral del sabio Mutis, quien me facilitó la *Biografía de Mutis* por Gredilla.

Doctor y profesor Abel Naranjo Villegas, decano de la facultad de derecho de la Universidad Nacional, quien me ha escrito cartas, ricas en información filosófico-científica y me ha honrado con sus consejos.

Doctor Jorge Patiño Linares, fiscal del honorable Tribunal Superior de Bucaramanga, quien me dio amplio acceso a su excelente *Biblioteca de Historia de Colombia*.

Doctor Phil. Enrique Pérez Arbeláez, eminente científico colombiano, quien me obsequió bondadosamente su hermosa obra sobre Mutis y la Expedición.

Doctor Andrés Soriano Lleras, secretario general de la Universidad Nacional de Colombia y vicepresidente de la Academia Nacional de Medicina, quien me ha orientado notablemente en la historia de la medicina colombiana.

Reverendo padre y doctor Lorenzo Uribe Uribe, de cuya amistad epistolar me honro particularmente, quien me dio informaciones bibliográficas muy útiles.

Y desde luego en esta como en todas mis pequeñas tareas publicadas, la callada, discreta y ejemplar colaboración de Cecilia, mi esposa que ha querido, como lo dijera hermosamente el poeta Octavio Amorátegui: "Prender botones en mis camisas y solidaridades en mi vida".

Toda la obra mía se hubiera quedado inédita, imperfecta y completamente ignorada, de no haber contado con sus ágiles manos de mecanógrafa y con su fino sentido de la artesanía, para hacerlas viables.

Bucaramanga, julio de 1967, año Centenario de la Universidad Nacional de Colombia.

NOTAS

Anatole France, Obras.

(1) Menéndez Pidal Ramón: *Historia de España*. Tomo I. Vol. I. Introducción. Espasa Calpe S. A. Madrid, 1954. Páginas: IX/CII.

(2) Marañón Gregorio: Conferencia en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, publicada en la revista "Mundo hispánico", bajo el título: "Visión de América a través del Ecuador".

(3) Madariaga Salvador de: *El ocaso del imperio español en América*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1955. Capítulo XIV. Págs. 279/307.

(4) Renán Ernesto: Citado por Pierre Mauriac en: **Libre Histoire de la Médecine Française**. Librairie Stock. Paris. 1956.

(5) Alcázar Molina Cayetano: **Los virreinos en el siglo XVIII**. Segunda edición. Salvat Editores S. A. Madrid. 1959. Página 12 del prólogo.

(6) Serrailh Jean: **La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII**. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires. Primera edición en español. 1957. Lo referente a José Celestino Mutis.

(7) Lain Entralgo Pedro: **Historia de la medicina**. Editorial Científico-Médica. Barcelona, 1954.

(8) Lain Entralgo Pedro: **La historia clínica**. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid. 1950.

(9) Sigerist Henry E.: **Los grandes médicos**. Ediciones Ave. Barcelona. 1949.

(10) Castiglioni Arturo: **Historia de la medicina**. Primera edición española. Salvat Editores S. A., 1941.

(11) Gottlieb Josef (Dieburg): **Influencia de Georg Ernst Sthal (1659-1731) en las enseñanzas de William Cullen**. En **Folia clínica internacional**. Tomo III. Año III. 1953. Págs. 35 y 36.

(12) Mousnier R. y Labrousse E.: **El siglo XVIII. Revolución intelectual, técnica y política**. (1715-1815). Vol. V. Edic. Destino. Barcelona. 1958.

(13) Marañón Gregorio: **Las ideas biológicas del padre Feijóo**. Segunda edición. Espasa-Calpe, S. A. Madrid. 1941. Páginas 148/235.

(14) Padre Benito Jerónimo Feijóo y doctor Martín Martínez.

(15) Gredilla A. Federico: **Biografía de José Celestino Mutis, con la relación de su viaje y estudios practicados en el Nuevo Reino de Granada**. Madrid, 1911. Edición única. Primera parte. Página 12.

(16) Sobre don Gaspar del Casal, véase mi estudio: **Figuras sobresalientes de la medicina española**. Conferencia leída en la Academia Nacional de Medicina de Colombia. "Páginas médicas". Vol. I. Págs. 85/99. 1963. Edit. Salesiana. Bucaramanga, Colombia.

(17) Lain Entralgo Pedro: **Historia de la medicina. Medicina moderna y contemporánea**. Editorial Científico-Médica. Barcelona. 1954. Capítulos sobre la medicina del barroco y del período de la ilustración.

(18) Hernández de Alba, G.: **Crónica del muy ilustre Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en Santa Fe de Bogotá**. Libro segundo. Edit. Centro MCMXL. Págs. 9/15. Capítulo I.

(19) Frankl Víctor: **La estructura barroca del pensamiento político, histórico y económico del arzobispo virrey, Antonio Caballero y Góngora**. Revista "Bolívar". 805/873. 1951.

(20) Madariaga Salvador de: **El ocaso del imperio español en América**. Edit. Sudamericana. Buenos Aires. 1955. Cap. XIV. 279/307.

(21) Gerbi Antonello: **La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica. 1750-1900**. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires. Primera edición en español. 1960.

(22) Hernández de Alba, G.: **Crónica del muy ilustre Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en Santa Fe de Bogotá**. Libro segundo. Editorial Centro. MCMXL. 9/15. Cap. I.

(23) Robledo C. Emilio: **Expedición botánica y la medicina en Colombia**. Separata de la revista "Antioquia médica". Medellín, 1955.

(24) Rico Edmundo: **Discurso académico sobre Ninian Ricardo Cheyne, en la Academia Nacional de Medicina de Colombia**. Publicado en **Lecturas Dominicales de "El Tiempo"** de Bogotá, 25 de noviembre de 1962.

(25) López de Mesa Luis: **Discurso-homenaje al profesor Carlos Esguerra en el primer centenario de su nacimiento**. **Lecturas Dominicales de "El Tiempo"**. Bogotá. Diciembre 15. 1963.

(26) Rosselli Humberto: **La medicina colombiana en la época de la Independencia**. En revista "Unidia". Año III. Vol. II. Agosto de 1954. Nº 8. 675/686.

(27) Vezga Florentino: **Memoria sobre la historia del estudio de la botánica en la Nueva Granada**. Biblioteca Santander. Vol. X. Imprenta del departamento. Bucaramanga. 1938.

- (28) Zerda Liborio: El sabio Mutis. "Papel periódico ilustrado". Tomo 55. Año III. 20 de diciembre de 1884.
- (29) López de Mesa Luis: Citado por Jaime Jaramillo Arango en "Don José Celestino Mutis y las expediciones botánicas españolas del siglo XVIII al Nuevo Mundo". Revista "Bolívar". Bogotá. 1952.
- (30) Mousnier R.: Labrousse Ernest y colaboradores. El siglo XVIII revolución intelectual, técnica y política. Vol. V. Ediciones Destino. Barcelona. 1958.
- (31) Hernández de Alba Guillermo: Archivo epistolar del sabio naturalista José Celestino Mutis. Un volumen. Imprenta Nacional, Bogotá, 1947.
- (32) Mutis José Celestino: "Estado médico y sanitario del Nuevo Reyno de Granada al finalizar el siglo XVIII". En "Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario". Vol. XXXI. Nº 301. Febrero de 1936, 10/35.
- (33) Mendoza Diego: Expedición botánica de José Celestino Mutis al Nuevo Reino de Granada y Memorias inéditas de Francisco José de Caldas. Madrid. 1909.
- (34) Mutis José Celestino: Citado por Diego Mendoza. 99/126.
- (35) Sarrailh, Jean. La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII. México, Fondo de Cultura Económica, 1957. 784 p. (Sección de obras de historia).
- (36) Mutis José Celestino: Estado médico y sanitario del Nuevo Reyno de Granada al finalizar el siglo XVIII. En "Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario". Vol. XXXI. Nº 301. Febrero de 1936.
- (37) Lain Entralgo Pedro: La historia clínica. Historia y teoría del relato patográfico. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid. 1950. 203/224.
- (38) Lain Entralgo Pedro: Historia de la medicina. Medicina moderna y contemporánea. Edit. Científico-Médica. Barcelona. 1954.
- (39) Sigerist Henry E.: Los grandes médicos. Historia biográfica de la medicina. Traducción del alemán por el doctor Francisco Arasa. Ediciones Ave. Barcelona. 1949.
- (40) Mutis José Celestino: Estado médico y sanitario del Nuevo Reyno de Granada al finalizar el siglo XVIII. En "Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario". Vol. XXXI. Nº 301. Febrero de 1936.
- (41) Citado por: Jaime Jaramillo Arango en: Estudio crítico acerca de los hechos básicos en la historia de la quina. Publicado en la "Revista de la Real Academia de Ciencias de Madrid". Tomo XLIII. Cuaderno 1º, Madrid, 1949.
- (42) Citado por Diego Mendoza.
- (43) Soriano Lleras Andrés: Crónica del hospital de San Juan de Dios. 1564-1869. Italgraf. Ltda. Bogotá. Octubre. 1964.
- (44) Olaya Restrepo Max: Grandeza y decadencia de un hombre. Ensayo sobre el presbítero Eloy Valenzuela y Mantilla. En Páginas médicas. Vol. I. Editorial Salesiana. Bucaramanga. 1963.